

Homilía en la Ordenación episcopal de Mons. Ernesto Giobando S.J. y Mons. Alejandro Daniel Giorgi Iglesia Catedral de Buenos Aires

Queridos hermanos en Cristo Jesús:

Una feliz coincidencia ha querido que celebremos, en la fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago, el don de la sucesión apostólica confiada a la Iglesia, con la ordenación episcopal de nuestros hermanos Ernesto y Alejandro.

Consideremos a qué ministerio serán promovidos en la Iglesia estos presbíteros. Nuestro Señor Jesucristo, como enviado del Padre para redimir a los hombres, envió a su vez por el mundo a los doce Apóstoles para que, llenos del Espíritu Santo, anunciaran el Evangelio y, reuniendo a todos los hombres en un solo rebaño, los santificaran y gobernarán. A fin de asegurar la continuidad de este ministerio hasta el fin de los tiempos, los Apóstoles eligieron colaboradores a quienes comunicaron por la imposición de las manos, que confiere la plenitud del sacramento del Orden, el don del Espíritu Santo que habían recibido de Cristo.

Así se ha conservado tan importante ministerio a través de los tiempos. Por la ininterrumpida sucesión de los Obispos, permanece y se acrecienta hasta nuestros días la obra del Salvador. En el Obispo, rodeado de sus presbíteros, se hace presente en medio de ustedes el mismo Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote. Los Obispos presentes, por la imposición de las manos, los agregaremos a nuestro Orden episcopal.

El profeta Ezequiel nos regala la imagen de un Dios que «es Pastor de cien ovejas», que no quiere perder ninguna, las quiere a todas, y así sale al encuentro de la perdida, hace lo posible para que vuelva la descarriada, cura a las heridas y se hace cargo de las enfermas. Él las apacienta con justicia, esto es, las atrae con su amor misericordioso de Padre. Comentando este texto de la Escritura, San Gregorio Magno nos dejó páginas bellas sobre este oficio pastoral: «Si el apacentar es un testimonio de amor, el que teniendo abundancia de virtudes rehúsa apacentar el rebaño de Dios, convéznase de que no ama al supremo Pastor» (Liber Regula Pastoralis, I,6). Y San Agustín, inspirado por el mismo profeta, reparando en los buenos pastores, nos dice: «El Señor, no según mis merecimientos, sino según su infinita misericordia, ha querido que yo ocupara este lugar y me dedicara al ministerio pastoral; por ello debo tener

presente dos cosas, distinguiéndolas bien, a saber: que por una parte soy cristiano y por otra soy obispo. El ser cristiano se me ha dado como don propio; el ser obispo, en cambio, lo he recibido para vuestro bien. Consiguientemente, por mi condición de cristiano debo pensar en mi salvación, en cambio, por mi condición de obispo debo ocuparme de la vuestra. En la Iglesia hay muchos que, siendo cristianos pero sin ser prelados, llegan a Dios; ellos andan, sin duda, por un camino tanto más fácil y con un proceder tanto menos peligroso cuanto su carga es más ligera. Yo, en cambio, además de ser cristiano, soy obispo; por ser cristiano, deberé dar cuenta a Dios de mi propia vida; por ser obispo, deberé dar cuenta de mi ministerio» (Sermón De Pastores).

Queridos hermanos Ernesto y Alejandro: serán ordenados pastores para ejercer en nombre del Buen Pastor el «arte de las artes», en la apasionante, mítica y cosmopolita ciudad de Buenos Aires. Deseo recordar con ustedes lo que nos decía el Papa Francisco en Río de Janeiro: «“Pastoral” no es otra cosa que el ejercicio de la maternidad de la Iglesia. La Iglesia da a luz, amamanta, hace crecer, corrige, alimenta, lleva de la mano... Se requiere, pues, una Iglesia capaz de redescubrir las entrañas maternas de la misericordia. Sin la misericordia, poco se puede hacer hoy para insertarse en un mundo de “heridos”, que necesitan comprensión, perdón y amor.”¹

Como obispos, se unen a nosotros en el tiempo de la misericordia, es decir, cuando estamos empeñados en una Misión permanente, que nos compromete con todo el pueblo de Dios, para que nuestra arquidiócesis muestre el rostro de una «Iglesia en salida». Y en este movimiento, como le gusta decir al Papa: «El Obispo debe conducir, que no es lo mismo que mandonear. Los Obispos han de ser Pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, con mucha mansedumbre; pacientes y misericordiosos. Hombres que amen la pobreza, sea la pobreza interior como libertad ante el Señor, sea la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan “psicología de príncipes”. Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de otra. Hombres capaces de estar velando sobre el rebaño que les ha sido confiado y cuidando todo aquello que lo mantiene unido: vigilar sobre su pueblo con atención sobre los eventuales peligros que lo amenacen, pero sobre todo para cuidar la esperanza: que haya sol y luz en los corazones. Hombres capaces de sostener con amor y paciencia los pasos de Dios en su pueblo. Y el sitio del Obispo para estar con su pueblo es triple: o delante para indicar el camino, o en medio para mantenerlo unido y neutralizar los desbandes, o detrás para evitar que alguno se quede rezagado, pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo tiene su olfato para encontrar nuevos caminos»¹.

Queridos hermanos, elegidos por el Señor: recuerden que han sido tomados de entre los hombres y puestos al servicio de los hombres en las cosas que se refieren a

Dios. El Episcopado significa un servicio, no un honor, y es necesario que el Obispo— más que presidir—, sirva a sus hermanos, ya que según el mandato del Señor, el que es mayor hágase el menor, y el que preside sea como el que sirve.

Proclamen la Palabra oportuna e inoportunamente; y en la oración y en el sacrificio eucarístico que ofrecerán por el pueblo a ustedes encomendado, no se cansen de interceder para que no falte al rebaño la multiforme gracia, que procede de la plenitud de Cristo.

Amen con amor de padre y hermano a todos los que Dios les encomienda, en primer lugar, a los presbíteros y diáconos, sus colaboradores en el ministerio de Cristo; también a los pobres y a los débiles, a los que no tienen hogar y a los desamparados. Tengan solicitud por todas las iglesias y no olviden socorrer con generosidad a las más necesitadas de ayuda.

Gracias a ustedes, Alejandro y Ernesto, por haber dicho que sí a esta aventura del Espíritu que los ungirá. Cuenten con nuestra oración y fraterna cordialidad de este cuerpo episcopal que los recibe con alegría pascual.

Que los Santos apóstoles Santiago y Felipe, que «tanto tiempo» estuvieron cerca del Señor, les ayuden en la entrega cotidiana y los consuelen en las pruebas.

Confíense al viento del Espíritu de Dios que les dará sabiduría para apacentar al rebaño que se les confía. En el nombre del Padre, cuya imagen representan en la Iglesia. En el nombre del Hijo Jesucristo, cuyo ministerio de Maestro, Sacerdote y Pastor ejercen. Y en el nombre del Espíritu Santo, que vivifica a la Iglesia de Cristo y fortalece con su poder nuestra debilidad.

Buenos Aires 3 de mayo de 2014

✠Mario Aurelio Cardenal Poli

I Encuentro con el episcopado brasileño discurso del Santo Padre Francisco Arzobispado de Río de Janeiro sábado 27 de julio de 2013

II Encuentro con el comité de coordinación del celam discurso del Santo Padre Francisco centro estudios de sumaré, Río de Janeiro domingo 28 de julio de 2013